Guerra, amor y matrimonio en los *Episodios Nacionales* de Galdós

Robert Kirsner

Los *Episodios Nacionales* de Galdós, en particular los de la primera serie, enfocan tres aspectos de la condición humana, *guerra, amor* y *matrimonio,* con ironía novelesca. Se proyecta la resistencia contra Napoleón dentro de una visión juvenil que tanto siente la realidad de sus preocupaciones personales como las inquietudes de la patria. Cada una de las tres actividades viene a formar una fibra del tejido social. Lo colectivo ligado con lo individual traza la estructura monumental de un capítulo histórico novelado. Para Galdós la vida es una novela continua.

Si en general la historia consiste en el relato de sucesos que afectan el destino de un pueblo, en el caso de los *Episodios Nacionales* lo gentilicio adquiere trascendencia cuando se narra en armonía con lo personal, con lo privado. Dentro de la experiencia vital del ser humano, los proyectos nacionales no se desligan de los quehaceres particulares. Al contrario, se compenetran hasta formar sentimientos comunes. No es de extrañar que a menudo lleguen momentos en que imposible sea distinguir los desasosiegos patrióticos de los amorosos. ¡Y no pocas veces las batallas que se dan en la guerra coinciden con las que produce la sagrada institución! Vivificante es comprobar cómo el relato integral predomina en la crónica galdosiana.

La primera indicación que se tiene del tono de la relación proviene de la misma figura del narrador literario:

> Al hablar de mi nacimiento, no imitaré a la mayor parte de los que cuentan hechos de su propia vida, quienes empiezan nombrando su parentela, las más veces noble, siempre hidalga por lo menos, si no se dicen descendientes del mismo Emperador de Trapisonda. Yo... no tengo noticias de ninguno de mis ascendientes si no es de Adán, cuyo parentesco me parece indiscutible. Doy principio, pues, a mi historia como Pablos, el buscón de Segovia... [1].

Aunque ni un Pablos de Segovia, ni un Lazarillo de Tormes sea, Gabriel, el muchacho, posee un sentimiento algo disimulado de la vida. No es para decir que carezca de seriedad, pero en su visión tanto cabe lo cómico como lo sombrío.

Paje de oficio, Gabriel se forma en un ambiente corrompido, pero sin dejarse vencer por los vicios de los nobles. Consciente de que la verdad absoluta no es más que pura fantasía, hasta nos advierte que no le exijamos una exactitud que él tiene por imposible, «tratándose de sucesos ocurridos en la primera edad y narrados en el ocaso de la existencia... cuando... siento que el hielo de la senectud entorpece mi mano al manejar la pluma» (5).

[1] Benito PÉREZ GALDÓS, *Trafalgar, Obras Completas,* Tomo I, *Episodios Nacionales* (Madrid: Aguilar, 1941), pág. 3. (Todas las citas de los *Episodios Nacionales* serán tomadas de esta edición y aparecen con el número de la página entre paréntesis).

Centro Virtual Cervantes

El primer conflicto que experimenta el narrador no reside en los campos de batalla, sino en el terreno matrimonial. Se trata de un matrimonio ya establecido y otro que todavía está por concertarse. Es decir, la esposa y madre de la novia no puede permitir que su marido se aliste al ejército o la marina hasta que no se case la hija. «Habíase fijado la boda para fin de octubre, y ya se comprende que la ausencia del padre habría sido inconveniente en tan solemnes días.» La irónica descripción de los padres anticipa el tratamiento que va a recibir el evento patriótico, o sea, el heroísmo nacional. Ya en la vida doméstica nos encontramos con grandes sorpresas: «Pero la pícara [hablando de la novia] se callaba lo principal, y lo principal era que tenía otro novio a quien de veras amaba». El padre de la novia, «el marinero Marcial», se acobarda ante su mujer: «... el héroe... no tenía miedo a los ingleses, ni a los franceses, ni a los argelinos, ni a los salvajes del estrecho de Magallanes, ni al mar irritado, ni a los monstruos acuáticos, ni a la ruidosa tempestad, ni al cielo, ni a la tierra: no tenía miedo a cosa alguna creada por Dios, más que a su bendita mujer» (9). En fin, antes de trasladarnos a la heroicidad guerrera, Galdós desmitifica el aspecto perínclito de la humanidad. Es como si ya presintiera su dicho, en boca del «simpatiquísimo» Evaristo Feijóo, en *Fortunata y Jacinta*, «decir humanidad es lo mismo que decir debilidad».

El juego galdosiano brota de un profundo sentimiento de simpatía y abarca todos los designios que se inventan para la gloria de nuestra vanidad. De manera que ya en el segundo Episodio, *La Corte de Carlos IV*, Gabriel hace hincapié en su «inútil presencia en el combate de Trafalgar». Tanto la historia como el matrimonio se concibe como un juego lejano. El «la historia dice» corresponde a tener una novia que no se ha visto, «pues sepan que no la he visto. Mi señora madre lo ha arreglado todo con otras dos señoras de Córdoba y, según me han dicho es más bonita que el sol...» (318). La ingenuidad con que piensan casarse concuerda con la actitud inocente que tienen los jóvenes marinos hacia la guerra. En ambos casos se equivocan.

Aun antes que Freud (me refiero a las famosas cartas entre Freud y Einstein), allá por el año 1873, reconocía Galdós la inexorable necesidad de un mal, al que se le da por nombre, *guerra*.

> —Reniego de la ciencia que inventa medios de destrucción —declaró con gesto elocuente el marqués—. Por las vías diplomáticas pudieran las naciones resolver todas sus querellas. ¡La guerra! ¿De qué sirve la guerra?...
>
> —Hombre de Dios, sin la guerra, ¿que sería del mundo?... Montecúculi dice que las batallas «dan y quitan las coronas, concluyen las guerras e inmortalizan al vencedor».
>
> —¡Sangre y luto y desolación!... (299-300).

Sin embargo, dentro de la guerra rige la experiencia individual. Mucho más determinante es lo individual que lo colectivo. Hay veces que la muerte de un compañero trae felicidad.

> —Y nuestro amo, ¿dónde está?...
>
> —¡Creo que ha muerto!...
>
> Tan estupenda noticia dio nueva dirección a mis alborotados pensamientos... Todo vino abajo, todo se puso de otro color, y el mundo fue distinto a mis ojos. Ignoro si en aquel momento sentí la muerte de mi amo, o si, por el contrario, desbordado el corrupto egoísmo en mi alma, acepté con regocijo la desaparición de quien interponiéndose entre mi ideal y yo, alteraba a mis ojos el equilibrio del Universo más que Napoleón el de Europa... (345).

Centro Virtual Cervantes

En una palabra, la guerra se conceptúa como una empresa que disfraza el corazón humano, colmándolo de flores patrioteras. Pero cuando el corazón se revela, queda tan ensimismado como antes.

La obra de Galdós incide en el doble sentido de los conceptos: las personas hacen juicios a base de su propia experiencia personal. Se confunden los ideales y si los mitos sociales no cambian, la interpretación de ellos varía conforme a lo mejor de cada momento. «Ahora como la gente anda tan exaltada, es común llamar traidores a los más leales patriotas» (402).

También al captarse la realidad total de Napoleón se entrecruzan nociones opuestas. Entra en juego la cuestión de cordura y locura. «Era el Emperador..., los soldados que nos custodiaban mandáronnos que le diéramos vivas. Fue preciso repartir algunos culetazos para que obedeciéramos..., el hombre que acababa de pasar no llega, ni con mucho, a la inmensa altura del Gran Capitán. Algunos han dicho que nuestro amigo estaba loco; pero ese que ahí va (Napoleón) ¿está en su sano juicio?» (466-467). Y lo más bonito del caso es que todavía, más de cien años después de escribirse *Napoleón en Chamartín,* tendría sentido hacerse la misma pregunta. ¡Más mudable que un enamorado inconstante es la historia!

El proceso desmitificativo no siempre va de lo serio a lo cómico. Respecto a la guerra, se presenta el mito de lo heroico, dando a conocer el aspecto horrendo de las pugnas patrióticas. Galdós, como historiador de la intimidad humana, recrea la experiencia personal de los sucesos nacionales. Un gran suceso se vive individualmente. «El soldado voluntario, al entrar en la casa, tropieza con los cuerpos de su esposa y de sus hijos. La mujer corre a la trinchera, al paredón, a la barricada, y busca a su marido. Nadie sabe dónde está: los mil muertos no hablan... Familias numerosas se encuentran reducidas a cero, y no quedan en ellas uno solo que eche de menos a los demás. Eso ahorra muchas lágrimas...» (559).

Pero si en *Zaragoza* estaba mal la cosa, en *Gerona* el hambre tanto aprieta que se comen a los gatos. También se reza; pero los ruegos no llegan a los oídos divinos. «... Convinimos en que era urgente rezar... Pero rezamos y Dios no nos mandó nada.» (595).

Con guerra o sin ella, la vida va adelante. El ser humano tiende a seguir sintiendo su propia existencia aun cuando parece estar sumido en una masa colectiva. «El lector no lo creerá; el lector encontrará inverosímil que bailásemos Siseta y yo en aquella lúgubre noche...» (592). Y siguen las preocupaciones respecto a los amores y el matrimonio de los «incendios y frecuentes escenas de desolación». El que se haya enamorado su adorada Inés de lord Gray, un inglés protestante, más le duele a Gabriel que todo el horror en torno a él. Lo que siente por dentro, como ser humano único, le abruma. La burla del narrador va para fuera. Es muy sensible a la ironía ajena, pero tiene poco talento para poner de relieve su propia novela. ¡Obligación será del lector!

La guerra, con todos sus equívocos y todas sus ambigüedades, se presenta con cierta dignidad. En cambio, el proceso pacífico de las Cortes sólo proyecta un plano de realidad, el de un completo absurdo.

> —¿Le gusta a usted este espectáculo?
> —Muchísimo. Nos habían dicho que era muy feo; pero es bonito. ¿Quién es aquel señor que está en medio del redondel?
> —Es el presidente. Es el que dirige esto.
> —Ya, ya...; y cuando quiere mandar una cosa sacará el pañuelo y lo agitará en el aire.
> —No, señora doña Presentacioncita. Así pasa en los toros; pero aquí el presidente se vale de una campanita.

Centro Virtual Cervantes

—Y el diputado que va a hablar, ¿por dónde sale? ¿Por detrás de aquella cortina o por esa puertecilla?
—El diputado no sale por ninguna parte, que aquí no hay toril ni telones... (708-709).

La España que se intuye es la de los libros de caballería en que «se engrandece la gloria y se achica el peligro en todos los momentos de la vida». La política representa el momento más absurdo de la fantasía que crean los españoles.

En toda la primera serie, desde *Trafalgar* hasta *La batalla de los Arapiles,* la guerra, con toda la política que sirve de causa determinante para ella, constituye la escena literaria para la representación de una situación romántica personal. Dentro de la visión novelesca del mundo galdosiano, se trata, claro está, de un romanticismo tardío e irónico. El protagonista-narrador, modestia aparte, sirve de ejemplo para los que se hallan «postergados por la fortuna». Sus últimas palabras inspiran en los lectores nobles pensamientos, si se toman en serio: «... si os halláis imposibilitados para realizar en el mundo los generosos impulsos del pensamiento y las leyes del corazón, acordaos de Gabriel Araceli, que nació sin nada y lo tuvo todo» (985).

Si los *Episodios Nacionales* no llegan a ser una crónica tradicional en que se exalta la patria como si fuera un objeto ideal, tampoco se convierten en una diatriba. La cuestión nacional, tal como se expresa por medio de la guerra contra Napoleón, se mantiene en tensión novelesca. Se vapulean los mitos, pero no se destruyen. El significado vital de la obra, que abarca guerra, amor y matrimonio, descansa en experimentar cómo los españoles revelan su manera de ser en un mundo complicado, un mundo que no se presta a las simplezas de los historiadores que forjan sueños en el pasado. El enfoque de Galdós es intrahistórico: los eventos no se desligan de los entrañables sucesos individuales. El sentir los problemas colectivos que afectan el destino de una nación no disminuye el palpar de un corazón particular. La realidad existencial estriba en lo individual propio; la nación no es más que un conjunto de personas que son protagonistas de sus propias novelas.

El patriotismo galdosiano no se mide a base de sacrificios exagerados que vienen a ser una forma de suicidio, sino por medio de un amor irónico que se mantiene firme a pesar de los defectos reconocidos. Rendir homenaje a una patria imperfecta refleja un profundo sentimiento de simpatía hacia el prójimo y hacia sí mismo. Reconocer el irreductible egoísmo que yace en todo corazón humano significa el tener presente que todo ideal colectivo se circunscribe a los intereses creados de cada persona, y que no hay nadie en el mundo, que sea cuerdo, que deje de experimentar la tensión que resula cuando lo individual no cuaja con lo colectivo.

Centro Virtual Cervantes